

CIENCIA Y SOCIEDAD  
Volumen XXVI, Número 4  
Octubre-Diciembre 2001

MANUEL RUEDA Y LA MÚSICA

---

José Alcántara Almánzar\*

## I. Los Preludios

### Chile (1939-1951)

El 27 de agosto hubiera cumplido ochenta años Manuel Rueda (1921-1999), el artista dominicano más importante del siglo XX. Su nombre y el de Chile están indisolublemente ligados en el tiempo. Ningún otro ha vivido tantos años en aquel país, ni quedó marcado como él por la cultura chilena. En 1939, a los dieciocho, ya graduado de profesor de piano en el Liceo Musical, partió Manuel a perfeccionar sus estudios, becado por el Gobierno Dominicano. Dejaba atrás su infancia montecristeña, de “Niño solo en el viento que lo arrastra”<sup>1</sup>, y a una madre quejosa “de ausencias del hijo que escribía pocas veces desde Chile”,<sup>2</sup> casi sin noticias de su salud o sus adelantos en el piano.

El regreso del hijo único tardaría mucho en producirse. Doña Marina González Tavárez, de quien heredó Manuel su sentido del humor y aptitud para la poesía, aprendió a sobrellevar ese

---

\* Profesor de Ciencias Sociales del INTEC

vacío, paliando sus lamentaciones con lecturas de Campoamor y Bécquer y charlas interminables con Leticia, Consuelo, Luisita, Grecia, Inés, Ana Lidia y Rosita, integrantes del “tial” de Manolo, consentidoras hasta el daño, y a quienes él recuperó, en su último libro, a través de “Una visión de tías que se acomodan bajo los mosquiteros de la eternidad.”<sup>3</sup>

Para Manuel ese viaje significó un cambio radical en su vida de niño mimado, que muchos años antes había venido con su madre a Santo Domingo en busca de nuevos horizontes. Fue como si de repente olvidara todo lo que dejaba en su isla de palmeras y de huracanes. Estaba decidido a enfrentarse a los retos de un exigente entrenamiento bajo la tutela de su maestra Rosita Renard, aunque a veces, en los ratos de ocio, deambulaba solitario, expuesto a la tentación de la nocturnidad: “yo paso con mi enigma a la distancia / leve y turbio, inocente y sin infancia.”<sup>4</sup>

Aquel mozuelo de mirada soñadora y aire lorquiano, eternamente joven en el cuadro que cuelga todavía en una pared de su estudio, permaneció un largo período en la tierra de Gabriela Mistral. Allá, al tiempo que se formaba como pianista, comenzó su carrera literaria de la mano de Vicente Huidobro, a quien su poesía debe buena parte de su rigor y deslumbrante modernidad. En Chile se hizo adulto, con todas las implicaciones del término, pero se desconocen los nombres de sus primeros amores, que permanecen en el discreto silencio que guardó hasta su muerte, fiel a su propio aforismo: “El secreto es el signo del que nace.”<sup>5</sup>

---

<sup>1</sup> “La criatura terrestre”, en el libro homónimo (1963).

<sup>2</sup> “Mi madre, desde los 9 años”, en *Por los mares de la dama* (1976).

<sup>3</sup> Fragmento XXXIV del “Libro del comienzo y el fin”, en *Las metamorfosis de Makandal* (1998).

<sup>4</sup> “Paseo”, en *Las noches* (1949).

<sup>5</sup> “La criatura terrestre”, op. cit.

Salvo anécdotas que repetía de vez en cuando, nadie conoce a ciencia cierta los detalles esenciales de esa etapa fundamental de su vida. Hablaba de Neruda y su torrente de poesía volcánica que él intentó eludir, colocándose a la sombra de Huidobro, el otro coloso de la poesía chilena. Afirmaba que era casi imposible escapar a la magia seductora de Pablo, a la cuota de adhesión que su influencia exigía. En Chile trabó amistad con Enrique Lihn, poeta del exilio interior, el de aquel verso inolvidable por el que sabemos que “No es lo mismo estar solo que estar sin ti”,<sup>6</sup> y a quien admiraba por su obra y su generosa integridad. A veces se refería a las irreverencias coloquiales de Nicanor Parra, cuya antipoesía lo marcó, mostrándole un camino nuevo poblado de rebeldías, mordacidades y rupturas. Relataba con emoción sus conversaciones con Hernán Díaz Arrieta (Alone), que prologó la edición príncipe de *Las noches* (1949), y cómo el influyente crítico había encomiado sus sonetos.

Pero también llevaba en su corazón al Chile de impresionante geografía, donde parecen coexistir los extremos de frío y lluvia, montaña y lagos, desierto y mar. El Chile de la gente educada que hablaba muy quedo, en contraste con su exuberante personalidad de artista caribeño y su legendario vozarrón. Amaba al Chile del inmenso Claudio Arrau, uno de sus paradigmas. Quería volver al Santiago de Chile cuyas matriarcas dibujó tan sabiamente en sus primeras novelas José Donoso, quien, ya convertido en una celebridad hispanoamericana, durante un seminario organizado por el Wilson Center en su sede de Washington, D.C., me aseguró que recordaba a aquel joven escritor y músico dominicano, alto y delgado, que en los años cuarenta había conocido en el ambiente cultural santiaguino.

---

<sup>6</sup> Citado por Nicanor Parra en el libro de entrevistas de Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la poesía chilena*. Santiago de Chile, Pehuén, 1990, p.36.

Chile era para Manuel sinónimo de cocina suculenta, la de los pescados y las sopas, las empanadas y el buen vino, siempre presta a complacer sus gustos y su exigente paladar. Chile fue, en fin, una segunda patria, un hogar que lo acogió como a un hijo, un país cuya democracia, asentada en una larga tradición, le permitía ser libre. Allá, absorbiendo durante años lo mejor de aquel espacio cultural estimulante, acabó Manuel su especialización musical, hasta alcanzar niveles superiores de perfeccionamiento artístico.

Manuel estuvo brevemente en el país, en compañía de Rosita Renard y Armando Palacios —que lo había recomendado para la beca—, con el propósito de ofrecer una serie de conciertos y recitales en 1944, al conmemorarse el Centenario de la República. Fue una pausa importante y llena de emociones para el joven artista, después de un lustro de ausencia. A fines de octubre de ese año, en funciones ofrecidas en los teatros Capitolio, Olimpia y Julia, se presentaron los tres pianistas, con obras de Bach-Liszt, Mozart, Beethoven, Brahms, Saint-Saëns y Debussy. Las críticas aparecidas en los diarios locales encomiaban la ejecución del joven talento dominicano, augurándole un futuro promisorio.<sup>7</sup>

En octubre de 1999, con motivo del Homenaje a Juan Bosch en Chile, regresó Manuel a la tierra de sus primeras ilusiones. Habían transcurrido seis décadas desde su primer viaje. Ahora, en el ocaso de su vida, se hallaba en la cima de las artes y las letras de su país. Iba enfermo, consciente del final que le aguardaba, aunque pensando que tendría una oportunidad más: “Advierto, entonces, que ya no hay salida, / pues su mirada clara me importuna / y sé que cogeré, a sol o a luna, / el camino que lleva a su guarida. // Y aunque empiezo a engañarla con la

---

<sup>7</sup> Los programas aparecen en la obra *Vida musical en Santo Domingo, 1940-1965*, de Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, publicada en la Colección del Banco de Reservas de la República Dominicana, Santo Domingo, Editora Corripio, 1998.

vida, / a darme plazos, a pensar en una / tarde feliz de cara a la fortuna, / bien yo sé que la muerte no me olvida, // que tengo que tocar, al fin, su puerta / con la valija hecha y el sombrero / en la mano marchita y entreabierta. // Me despido de todos mis amigos / después de tanto ardid y a su agujero / húmedo me avalanzo, sin testigos.”<sup>8</sup>

La sola idea del viaje en compañía de doña Carmen Quidiello de Bosch lo había llenado de un vigor inusual. Volvió a ser joven y alegre, contando los días con impaciencia, pues le parecía increíble lo que estaba a punto de ocurrir. El 15 de octubre, en la Sala Ercilla de la Universidad de Chile, pronunció el que sería su último discurso. Ante un nutrido público de académicos e intelectuales hizo esta confesión:

“Es algo inesperado, con mucho de providencial, que yo haya venido de Santo Domingo a participar en un acto tan importante como éste. Quien se dirige a ustedes es un escritor dominicano que, por una hermosa circunstancia de su vida, puede decirse que es también un hijo de Chile, como tal se considera, porque el destino lo trajo desde muy joven a las zonas del copihue y de la nieve, para que absorbiera las enseñanzas de tierras y de cielos que suelen tener “temblores visibles”, como me diría una tarde Vicente Huidobro en un amable verano de Cartagena cuando caminábamos por una de sus playas y al dedicarme su libro “Temblor de cielo”.

“Quince años de ansiosa juventud vividos aquí por mí con una intensidad tal que hoy, cuando los recuerdo, cuando trato de revivirlos con una memoria ya atenuada por el tiempo transcurrido, me llenan de una nueva fuerza, de una inquietud de la que ya no me hubiera creído capaz.”<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> “Conseja de la muerte hermosa”, 2, en *Las edades del viento. Poesía inédita 1947-1979* (1979).

<sup>9</sup> *Isla Abierta*, domingo 14 de noviembre de 1999, p.2.

Después del reencuentro con su pasado chileno —del que aún quedaban huellas visibles, amigos e infinidad de recuerdos—, Manuel se sintió reconfortado y tranquilo: podía morir en paz, se había hecho realidad el último de sus sueños.

## **II. Reflejos en el agua**

### **Los años dorados (1952-1982)**

Cuando regresó a Santo Domingo en 1951, luego de haber pasado varios lustros en Chile, Manuel Rueda estaba a punto de cumplir treinta años de edad, justo la víspera de su cumpleaños, el 27 de agosto. Era ya un artista completo, el más completo que tendría el país, con una preparación extraordinaria en música, poesía y teatro, listo para convertirse en la primera figura del ámbito nacional. Llegaba provisto de un sólido bagaje intelectual y artístico, con un premio del Conservatorio de Chile y un libro de sonetos impresionante.

En 1952 fue designado director del Liceo Pablo Claudio, en San Cristóbal, e inició una intensa actividad musical lleno de entusiasmo. En la prensa de la época se publicaron reseñas de sus presentaciones, solo o a dúo con otros artistas, tales como la pianista Aída Bonnelly, el violista Gino Bauzulli, los violinistas Carlos Piantini y Zvi Zeitlin, el cellista Ennio Orazi, y como acompañante de las sopranos June Preston, Teresa Montes de Oca y Helen Phillips.

En el comentario aparecido en *La Nación*, el 28 de noviembre de 1953, a raíz de su recital con Piantini, se afirmaba que:

“Manuel Rueda está dotado de singular poder asimilativo y de un no menos poder transmisivo, con un dominio técnico que comprende un toque preciso, una claridad diáfana en la formación del sonido y un sentido de la belleza tonal y de la

formación melódica que le permiten despreciar, como lo demostró la noche del jueves, lo externo de la interpretación, lo puramente técnico, para internarse en las zonas más personales y, por consiguiente, más leales y emotivas de la partitura.”<sup>10</sup>

Como pianista, su repertorio abarcaba del barroco a los impresionistas, con notables incursiones en la modernidad, pero no era un fanático de la música contemporánea, por más que reconociera la trascendencia de Igor Stravinski o Béla Bartók, como tampoco lo fue de la ópera, género que aceptaba con las debidas reservas, pese a su admiración por las grandes figuras del *bel canto*. Prefería el *lied*, la canción lírica de origen germano en la que se funden poesía y música. De ahí su respeto por cantantes de la estatura de Dietrich Fischer-Dieskau, el legendario barítono alemán.

Durante la década de los cincuenta su atención se concentró en la música de cámara y en recitales. Organizó, con discípulas del Conservatorio, el ciclo completo de los conciertos de Johann Sebastian Bach para uno, dos tres y cuatro pianos, habiendo interpretado el *Concierto en la*. Así mismo, presentó los ciclos de las suites para piano del gran compositor barroco, y los 24 preludios de Claude Debussy.

Su presencia en los escenarios del país se hacía sentir también como hombre de teatro. En 1957 obtuvo el Premio Nacional de Literatura por *La trinitaria blanca*, que marcó el inicio de una nueva concepción teatral entre nosotros y la renovación de la escena dominicana con su impronta expresionista. A esta obra se sumarían después algunas comedias, como *La tía Beatriz hace un milagro* y *Vacaciones en el cielo*, y el drama testimonial *Entre alambradas*.

---

<sup>10</sup> Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, op. cit., p.357.

Manuel tenía una auténtica veneración por Mozart, cuya aparente facilidad es, según decía, una trampa para los chapuceros y los forzudos del piano, los que aporrean el instrumento en cada ejecución, sin tomar en cuenta el espíritu de sus obras. En *La criatura terrestre* (1963) encontramos un poema dedicado al genio de Salzburgo, que revela su concepto de aquella música ingrávida y transparente:

“A ti, oh tempranero, reidor / como los pájaros que inquietan los aleros / fuerza que se recuesta / en tallos o nubes voladoras, / a ti, a ti el regreso, Wolfgang de las velocidades / y los relámpagos. (...) Ven con lágrima sola, / huracanado en el salado pétalo / que el mar de ahora reconforta. / Ven con risa de entonces, / con alma tuya siempre, / Wolfgang de las velocidades quietas y el relámpago.”

Mozart ocupaba un sitial único en sus preferencias, pero Beethoven constituía una torre inalcanzable. Wolfgang Amadeus era el genio travieso y espontáneo, de quien la música fluía sin esfuerzo aparente, con un don de memoria más allá de toda comprensión humana. Ludwig era el genio intratable en lucha permanente contra el infortunio de una vida dolorosa que él transformó en belleza, el padre de tantas obras grandiosas que incubaba y corregía largo tiempo antes de darlas a conocer. “Si Mozart encarna la alegría del ser paradisíaco —escribió Manuel—, Beethoven llega a la alegría (pienso en la *Novena Sinfonía*) después de grandes dolores, por lo que podemos decir que la suya fue una victoria contra el pecado original.”<sup>11</sup> La música de Beethoven que ejecutó con pasión —y toda la que no llegó a interpretar pero que conocía muy bien—, es una música profunda, llena de complejidades y deslumbrante perfección, ante la cual se inclinaba devotamente. No es otra la razón por la que su grandiosa sonata *Hammerklavier* es un leitmotiv en el cuento “Refracciones”, que figura en la obra *Papeles de Sara y otros relatos* (1985).

---

<sup>11</sup> “Los conciertos de Beethoven y la OSN”, en *Isla Abierta*, sábado 3 de octubre de 1981.

En su obra *Congregación del cuerpo único* (1989), hay un testimonio de gratitud a esos colosos que tanto reverenciaba:

“Tantas manos para tus manos. / Tanta ocupación mezquina o desolada / para tus manos. / Pero ahora ellas refulgen. / Ahora los grandes ancianos te sonrían / las toman / te las llenan de tiempo y de sabiduría / se sientan a escuchar lo que tus manos descifran / porque esta es tu hora de abolición y reflexión / donde tú hablas por ellos. / Y vas a ser / no eres. / Te rodean. / El aire agita sus pelucas sus faldones sus frentes / perlas de eternidad. / Sus dulzuras cansancios virulencias te acometen. / Las marcas de viruela del padre sordo se encienden / como lentejuelas en la página ardida de signos. / Cada página un haz de cicatrices de donde brota una fuente. / Cada compás un faro para alumbrar el camino a sus compañeros / que han emprendido el viaje / hace siglos / sobre el océano de las manos / sobre el océano de oídos elevados al pasmo de las profundidades.” (“A la música. Meditación ante el piano”).

Manuel tenía otros dos compositores de cabecera. Uno era Frédéric Chopin, “el mago de la armonía”, como lo llamaba, el romántico traicionado por pésimas interpretaciones de novatos torpes y sin criterio. Nunca se cansó de estudiar y tocar esa música inconfundible por sus contagiosas melodías y su perfección armónica, sus complejidades técnicas y desafíos para el intérprete; una música cuya esencia es contraria a esa languidez enfermiza con la que se confundió al oyente durante tanto tiempo, hasta que apareció Artur Rubinstein para reorientar el rumbo y darle otro sentido.

El otro portento de su predilección era Debussy, autor de una sonoridad inusitada con la que fundó un nuevo concepto musical. En su “Preludio de verano a Claude Debussy”, Manuel transmite una admirable comprensión de su música:

“Qué hermoso puede ser el mundo si la imagen tiene su

sonido a quien recurrir, / si los dos hallan compensación en algún lado / y a la hoja cabeceante donde un rumor marino se desfleca / responde una mecida blanda y silenciosa, / una dejadez de pausa que no rebasa la insinuación.”<sup>12</sup>

La década de los sesenta fue la de su consagración como intérprete. En ese lapso estrenó, con éxito resonante, grandes obras románticas y modernas que ampliaron su repertorio, como los conciertos No.2 en fa de Chopin, en la menor de Edvard Grieg, en fa de George Gershwin, en re para la mano izquierda de Maurice Ravel, y *Noches en los Jardines de España* de Manuel de Falla. Quienes estuvieron presentes en aquellas memorables audiciones aún recuerdan los niveles de excelencia alcanzados por el artista en los inicios de su madurez. Eran despliegues de virtuosismo en obras disímiles por el estilo y las dificultades técnicas que cada una presenta, pero que él acometía con absoluta seguridad y brillantez, confiado en sus destrezas.

Por otro lado, las actuaciones como solista no disminuyeron su actividad junto a otros intérpretes. Hizo recitales con Piantini, con Jacinto Gimbernard, con la soprano Olga Azar y el tenor Rafael Sánchez Cestero, y con la mezzo-soprano Morella Muñoz. En abril y mayo de 1968 acompañó a Jessye Norman en seis inolvidables recitales por todo el país. En 1970 repitió la experiencia en Bellas Artes y viajó a Haití y Jamaica con la cantante norteamericana, que ya se perfilaba como una de las grandes divas del siglo XX.

Junto a su labor interpretativa, desarrolló otras dos líneas matrices que revelan su interés por la superación profesoral y la cultura popular, así como su acendrada religiosidad. A través de la educación-investigación tuvo el acierto de recomendar al Poder Ejecutivo un proyecto de ley para la unificación

---

<sup>12</sup> *La criatura terrestre*, op. cit.

de la enseñanza musical en el país, que fue aprobado por el Congreso Nacional. Creó el primer curso de Pedagogía Musical en el Conservatorio, llegando a formar un nutrido grupo de maestros. Dictó cursos de piano y pedagogía musical en Santiago de los Caballeros y La Vega, ofreció cursillos a los profesores de liceos y academias musicales del país, inició gestiones para organizar la Educación Musical Escolar. Participó, como educador y representante de las instituciones musicales dominicanas, en congresos organizados por el Consejo Interamericano de Educación Musical, en Santiago de Chile, Cartagena, Medellín y Toronto. Por último, realizó una valiosa labor de rescate de obras musicales dominicanas y dio a conocer obras inéditas de compositores del pasado y del presente.

En la vertiente creativa, compuso, junto al maestro Manuel Simó, la *Primera Misa Quisqueyana*, que fue estrenada en el Palacio de Bellas Artes con el auspicio de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y luego interpretada en la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago. Colaboró con el Obispado de esa ciudad en la creación de un *Cancionero Litúrgico Dominicano*, componiendo, además, numerosas canciones para la Iglesia inspiradas en el folklore. Produjo obras para piano, para coro, un ciclo de canciones con letra de Gabriela Mistral, un ciclo de canciones con letra propia, varios himnos a solicitud de diversas instituciones, un *Pregón del naranjero* (en colaboración con Simó), una *Tonada del hombre con pena*, un Ave María, un Padre Nuestro, y numerosos villancicos, siendo los más divulgados *Ha nacido el Salvador* y *Navidad, luz del mundo*.<sup>13</sup>

Durante una década, desde principios de los setenta, vivió Manuel una etapa de plenitud interpretativa que le per-

---

<sup>13</sup> Véase la Cronología de su labor musical y literaria, elaborada por el propio Rueda gracias a la colaboración de Apolinar Núñez y José Alcántara Almánzar, y que incluyó como apéndice de su obra *Papeles de Sara y otros relatos*, op. cit., p.343-351.

mitió seguir expandiendo su repertorio, al tiempo que reponía sus viejos triunfos: Chopin, Gershwin, Falla. Como solista tocó la *Rapsodia Sinfónica* de Joaquín Turina, el *Capricho Brillante* de Mendelssohn, la *Fantasia Húngara* de Liszt y los conciertos de Weinsberg y de Gablenz. Con el violinista Josef Sivo, presentó un recital en Bellas Artes; y en compañía de Oscar Luis Valdez Mena, conciertos para dos pianos y orquesta de Bach, Poulenc, y Mozart. Acompañó al barítono Abraham Lind Oquendo en la inauguración del Teatro Nacional, en agosto de 1973. Al año siguiente tocó la *Fantasia en do para piano, orquesta y coro* de Beethoven y el *Concierto No.5 en fa* de Bach.

Fue en esa década cuando realizó presentaciones antológicas con el tenor Arístides Incháustegui y la soprano Ivonne Haza, primero en un recital de canciones dominicanas, en 1977, y en un *Concierto de Navidad* realizado en el Palacio Nacional en 1979. Con ambos cantantes haría historia, aquí y en el exterior, sobre todo en Cuba y México. Como si fuera poco, presentó un recital con su discípula predilecta y acompañante habitual, Miriam Ariza, con obras de Mozart, Saint-Saëns, Debussy, Milhaud y Lutoslawski. Para cerrar este admirable ciclo de su carrera, Manuel tocó, junto a Gimbernard y el cellista François Bahuaud, bajo la dirección de Julio de Windt, el *Triple Concierto* de Beethoven, proeza que repitieron en Puerto Rico, invitados por los organizadores del Festival Casals. Tomó parte en un concierto realizado en el Carnegie Hall para conmemorar las festividades del 21 de enero, Día de la Altagracia, y en el concierto dedicado a las madres dominicanas en el Alice Tully Hall de New York. Aquí participó en el homenaje a Luis Rivera y tuvo actuación sobresaliente en los *Conciertos de Beethoven*, organizados por Arístides Incháustegui en 1981, cuando era Director General de Bellas Artes.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> Ver *Vida musical en Santo Domingo, 1966-1996*, de Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón.

La década de los setenta fue realmente fecunda para Manuel como escritor. Su pasión por el folklore lo impulsó a recorrer los campos del país en busca de materiales para sus *Adivinanzas dominicanas* (1970), considerada la más extensa de América, y *Conocimiento y poesía en el folklore* (1971), obras publicadas mientras se desempeñaba como Director de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

Pero el año de 1974 fue sin duda el más importante para Manuel. La noche del 22 de febrero pronunció su célebre conferencia en la Biblioteca Nacional, bajo el título de “Claves para una poesía plural”, dejando inaugurada una nueva etapa en la literatura dominicana. El Pluralismo, movimiento poético de vanguardia, nació para vincular la poesía con su fuente primigenia, la música. En 1975 publicó uno de sus libros más controversiales, *Con el tambor de las islas. Pluralemas*, que recogía las experiencias pluralistas. Al año siguiente, como prueba de que no había renunciado a la tradición, dio a conocer su leyenda histórica *La prisionera del Alcázar*. Por último, en 1980 apareció *Todo Santo Domingo*, en español e inglés, un libro de divulgación de los valores históricos y las bellezas naturales del país, con más de doscientas fotografías a color.

### **III. Intermezzo**

#### **El artista en su hogar**

No era madrugador, sino un noctámbulo empedernido a quien desvelaban sus afanes musicales, literarios o mundanos. Con frecuencia, aun en vigilia, le sorprendía el alba. Entonces, tal vez rumiando el poema que acababa de escribir, se dirigía a su cuarto y allí se tendía en la cama, embalsamado y listo para quedarse inmóvil durante horas. Las diez de la mañana eran

para él las diez de la madrugada. Nadie como Manuel disfrutaba tanto de la oscuridad de su refugio y aquel mullido lecho de colchón y almohadas, arrebujado en las sábanas, sin que nada ni nadie pudiera rescatarlo:

“La cama es una tumba para que nos movamos / con sombra y luz y un poco de alardeante conciencia. / Una tumba segura, cotidiana, / en la que caen rostros, ropajes, sacrificios / y sólo queda el alma como el pobre / destello de algún sol quietamente sombrío, / la frente que no pesa, y las ponemos, / cómodamente al fin, a conciliarnos / toda la luz del mundo en un instante.”<sup>15</sup>

Manuel era un comensal extraordinario, un “gourmet pantagruélico”, si cabe el término. Apenas si bebía alguna que otra copa de vino ocasionalmente, pero le fascinaba comer y alababa las virtudes de cada plato que complacía su paladar. La mesa debía ser abundante y variada, mas la observancia del protocolo era rigurosa. Había un ritual de manteles y vajillas que su inseparable amiga Aura Marina del Rosario le ayudaba a preservar intacto, con esa fina intuición suya para atender, a menudo sacándolo de apuros. Eran fórmulas de servicio que luego se disipaban en medio de la alegría, los chistes, la risa contagiosa y las atenciones del anfitrión.

Su tía Grecia, que es una gran cocinera, mantenía viva la tradición culinaria del hogar, en el que todos los días se cocinaba como si fuera domingo. En torno a la mesa del comedor se podía medir el humor del jefe de la casa, conocer al último huésped, o terminar la conversación que había quedado inconclusa en la galería, porque era de rigor sentarse a las doce en punto. En esa mesa oval donde no faltaba el postre ni nadie se marchaba sin tomar un café después del almuerzo, cesaban sus

---

<sup>15</sup> “Variaciones del ocio”, en *La criatura terrestre*.

batallas matutinas con las alumnas de piano que habían tenido que padecerlo en nombre de la perfección, y se extinguían los regaños destemplados a quien no hubiera seguido sus órdenes al pie de la letra. Entonces surgía un clima relajado y ameno para las delicias del yantar, porque “Es bueno que el hambre nos espere / con tenedores desvelados”,<sup>16</sup> y a nadie le estaba permitido irrumpir en aquella ceremonia íntima. El patriarca tomaba asiento a la cabecera de la mesa y hacía una señal para que comenzaran a servir, empleando la platería antigua desgastada por el uso.

Nunca mejor que ese instante para calibrar su sentido de la hospitalidad y su paternalismo. Las fuentes rebosaban de alimentos y era usual que cualquier pariente o amigo, aparecido a último minuto, fuese invitado a sentarse para compartir. Él mismo había comprado, a precio astronómico, el mapuey o la carnita “especial” a la marchanta que lo engatusaba con sorpresas bien calculadas y que él recibía con muestras de gratitud.

Ser invitado a comer, en la casa de Manuel, significaba muchas cosas. La mesa, territorio de concordia, era un símbolo de amistad en todas sus vertientes: la apasionada que se consume en un día; la franca y generosa que sus amigos conocían tan bien; la que coronaba un esfuerzo, o sea, aquella con que solía recompensar a los colegas que habían pasado horas trabajando con él en su estudio, a veces en medio de sus severas observaciones; la que suponía una forma de pacto o alianza con sus colaboradores. Por lo general se trataba de una amistad sin propósitos, un tributo a sus seres queridos, con lo mejor que podía ofrecer después de su arte.

Innumerables veces, en torno a esa mesa de caoba en su

---

<sup>16</sup> “Ritos cotidianos”, en *Congregación del cuerpo único*.

hogar del segundo piso de la calle Pasteur 53, fuimos congregados sus amigos para festejar sus cumpleaños, los éxitos de un concierto o una conferencia, la llegada de un visitante notable, o simplemente para charlar, agradecer un gesto amable, una actitud solidaria, un compromiso de trabajo. Durante veinte años de amistad entrañable, pude seguir, paso a paso, las evoluciones de esta figura cimera. Cuando su mesa empezó a languidecer, por la ausencia de la tía Grecia, primero, y la falta de servicio doméstico regular, después, me di cuenta de que había comenzado el ocaso de mi gran amigo y maestro.

Pero faltaban años para que eso ocurriera. Todavía eran los tiempos de celebrar y recibir a los integrantes del Mariachi todos los domingos en la tarde para tomar el té, después de una lectura, conversar con Margarita Luna recién llegada del Canadá, o escuchar a Miriam, que se preparaba para tocar el concierto de Schumann o el de Tchaikovski. Se abría entonces la sesión de los deleites gastronómicos, que Manuel se esmeraba en ofrecernos. Sus brindis “franciscanos”, como él los llamaba, nos dejaban asombrados por su exquisitez. Era la época de disfrutar de la pericia culinaria de Dulce Macarrulla y la última receta de Ida; tiempos de ilusiones en que, con la complicidad de su leal amiga, infaltable los domingos (“mis semanas / que van del lunes hasta aura marina”<sup>17</sup>), ensayaba fórmulas hasta dar con la difícil esponjosidad de aquel “Postre Imperial” que ambos habían saboreado en la memorable cena oficial a los Reyes de España en su primera visita al país. Si estaba de buen humor, no había quien le ganara en materia de halagos, ni quien se resistiera a sus arrumacos y sus chistes, que prodigaba a quienes deseaba complacer o conquistar. Detrás de su voz ríspida y su expresión hosca se escondía el camarada solidario, capaz de ternuras, preocupado por sus amigos y los

---

<sup>17</sup> “Final de carta”, en *Congregación del cuerpo único*.

hijos de sus amigos, siempre presto a complacer y ayudar, aunque no fuese muy bueno en cumplimientos y se olvidara del cumpleaños de los demás y rehuyera los velatorios.

A pesar del pánico a los aviones, le gustaba viajar y conocer otros países: España, Cuba, México. Iba mucho a Puerto Rico, donde vivían sus hijos de crianza Manolito y Agustín, a quienes auxiliaba pródigamente cada vez que podía. Y aunque las caminatas se convirtieran en una tortura debido a sus pies callosos y sofocación por falta de ejercicio físico, se sobreponía a las circunstancias, sorteaba los escollos y se preparaba para el reencuentro con el gran arte del mundo. Había que oír sus relatos de viaje, cómo la Alhambra, los frescos de la Capilla Sixtina o una pirámide maya se convertían en formidables lecciones de historia.

Paseaba poco en Santo Domingo, excepto cuando tenía un compromiso o invitaciones a cenar, que rara vez despreciaba. Su impericia como conductor le hacía con frecuencia depender de otros para trasladarse a cualquier sitio. Mientras tanto, su automóvil se deshacía lentamente en la marquesina del edificio, abatido por el salitre y el polvo, pese a que nada le ilusionaba tanto como un nuevo carro, que por lo general compraba con grandes sacrificios, como en aquella ocasión en que para adquirir uno de medio uso, vendió, por una cantidad irrisoria, el único ejemplar de *Las noches* con dibujos a lápiz realizados por Jaime Colson y que hoy debe costar una fortuna.

Su vida continuó deslizándose durante años por la pendiente de una rutina diaria que no excluía la creación literaria ni el festejo. Cinéfilo a carta cabal, no se perdía los estrenos de la semana en distintas salas de la ciudad, hasta que esos lugares se volvieron indeseables, asaltados por los ruidos, hechos una miseria a causa de servicios deficientes y la epidemia de roedores humanos que en la oscuridad devoran sus palomitas de

maíz. Cuando descubrió la televisión por cable, que le parecía una alternativa ideal, pasaba horas ante su flamante aparato, viendo películas de Greta Garbo, Vivien Leigh o Ingrid Bergman, que lo maravillaban siempre, cuando no algún programa de música de cámara o un ballet.

En fin, pasaba sus días entre el teclado del piano y la página en blanco, inmerso en su mundo de soledad creadora, desentendido por completo de los menesteres acuciantes del hogar, que otros debían resolver, aquellos problemas que convierten una casa en un “organismo vivo” que todo lo consume: tiempo, energías, dinero. Nunca sabía si el carro tenía gasolina ni cuándo se le había cambiado el aceite la última vez. Su desquite era tan abismal, que pagar la electricidad, el teléfono o el agua eran cosas que no se le ocurrían, o quizá porque sabía que Vitalia Félix o Aura Marina, convertidas en ángeles protectores, iban a resolverlas en su momento.

Él mismo se definió inmejorablemente en un soneto: “Me levanto, me afeito, me acomodo / a la vida y doy bajo la ducha / a la piel de mis sueños tanta lucha / que al sumidero van, vueltos ya lodo. // Retomo mi lugar, mi voz, mi apodo / salgo al día: la luz ahora es mucha. / Hago ruido, me muevo: nadie escucha. / Vuelvo a mi soledad, después de todo. // Cada hora a mis ritos de hombre sano. / Sonreír al que pasa. Dar la mano / al amigo, al malvado, al pordiosero. // Pero al fin a mi cuarto nuevamente, / a encontrarme conmigo frente a frente / sin saber si es que vivo o es que muero.”<sup>18</sup>

### **Genio y figura**

Decir que Manuel era un “muchacho grande” equivaldría a

---

<sup>18</sup> “El enigma”, en *Las edades del viento*, 1969.

una simplificación excesiva de su persona. Es cierto que nunca perdió la capacidad creativa, la curiosidad permanente, las respuestas espontáneas tan propias de los espíritus juveniles. Quienes lo conocimos a fondo, sabemos que su aguda perceptividad y su hondura analítica, verdaderamente proverbiales, se sustentaban en una formación como sólo han tenido contados intelectuales en este país. Había pocos libros importantes, de cualquier época, que él no hubiera leído y de los que no tuviera una opinión autorizada. Lo que sorprendía no era su erudición —algo que le parecía detestable—, sino lo bien asimilado del conocimiento, ese orden mental en el que cada cosa parecía ocupar su lugar exacto; ese don para recordar y relacionar hechos y datos con una lógica envidiable.

De igual modo, su saber musical era de una magnitud asombrosa, llevándolo a niveles de criticidad que resultaban demasiado cáusticos para la mayoría, como lo recuerdan colaboradores y alumnos del Conservatorio, que dirigió durante casi dos decenios. Él mismo, en una especie de “burla burlando”, describió los rasgos de su humor en el poema “El director y cállese”:

“Ahora llega / míralo bien / su vozarrón su calva / su cansancio de lunes y programas / de oficios memorándums pedagógicos / mecanografistas que teclean su sonata visiva en clave Remington / componiéndose el moño y la sonrisa / llega tarde y exige se retrasa nos urge.”<sup>19</sup>

Era incisivo, hipercrítico, por lo general severo, a veces implacable, poco inclinado al aplauso, y un polemista temible, cualidad que lo llevó a reñir con tanta gente del mundillo literario y musical dominicano, no siempre situada a su altura intelectual o artística. Se fue creando un estereotipo de individuo

---

<sup>19</sup> *Por los mares de la dama. Poesía 1970-1975, op. cit.*

intransitable, capaz de llevar una discusión al rojo vivo. Sabía muy bien que su techo era de cristal y que sus argumentos y razones, por lógicos y contundentes que fuesen, se estrellaban contra un muro infranqueable. Sabía también defender sus causas, armado de conocimientos a menudo difíciles de refutar, pero al final la homofobia instrumentada por algunos adversarios como una carta escondida para el momento de la derrota, cuando ya no quedaban más argumentaciones, terminaba arrojando sobre él un lodo con el que estaba familiarizado. Ante tal situación no le quedaba más remedio que callar, consciente de su fragilidad personal.

Manuel detestaba la mediocridad y se enfrentaba a ella sin tregua. Adivinaba la falsedad bajo las apariencias, lanzándose a desenmascararla de inmediato, y era muy sensible a la traición y los golpes bajos de gente que sabía aprovecharse de su vulnerabilidad. Pero tuvo que pagar un precio demasiado alto por su comportamiento, que incluía actitudes rigurosas y reacciones expansivas, en un país donde no se perdona la sinceridad ni la excelencia; un país donde la envidia crece como la mala yerba en los jardines más cultivados. En muchas ocasiones se inhibió de opinar sobre asuntos de su competencia, pero en muchísimas otras habló, valoró, enjuició, y lo hizo siempre sin ambages, con las palabras más descarnadas, frente a testigos insidiosos que se hacían pasar por seguidores incondicionales.

Para respetar al otro, Manuel tenía que admirarlo. De lo contrario, lo ignoraba o lo zahería con sus comentarios vitriólicos, que con frecuencia no podía evitar. Sus pequeñas guerras, en las que invirtió tanto esfuerzo y de las que a veces se arrepentía después, le dieron, al final de su vida, una amarga sabiduría que se tradujo en silencio y aumentó su soledad. Vivía en una especie de ostracismo interior, alejado de todas las

cosas y los medios sociales. De ahí su expresión adusta, casi ausente, de los últimos años, o su sonrisa de desencanto, con la que remataba, sin palabras, cualquier problema enojoso.

Con él aprendí a ver la literatura con otros ojos, mucho más abiertos, para bien y para mal, y por tanto, de dolorosas consecuencias en el ejercicio de la creación y la crítica. Una vez me dijo que no era muy bueno tener demasiada conciencia de las limitaciones propias, porque eso paraliza al artista, pero tampoco uno debe aceptar un juego de ingenuidades en el que todo lo que se hace resulta maravilloso. Esa acriticidad de los autores y músicos lo irritaba y le hacía perder su escasa paciencia. Había que estar preparado para oír sus comentarios, no siempre amables, cuando se acudía a su casa a leerle un escrito o tocar el piano, y en más de una oportunidad sentí temor de sus reacciones. ¡Pero qué satisfacción cuando le parecía bien! Sus palabras eran una verdadera recompensa.

También en compañía suya, en conciertos y a través de discos, aprendí a escuchar la música de un modo distinto, pasando de la epidermis melódica a las profundidades sonoras. No toleraba una conversación si había música, porque ésta requería total concentración, total entrega, para poder ser comprendida plenamente. A veces llevaba el ritmo de la melodía tamborileando con los dedos sobre una mesa o en el brazo de su butaca, con la mirada perdida, inmerso en las profundidades del sonido.

Sus manos, largas y un poco delgadas con relación a la robustez de su cuerpo en sus mejores años, eran objeto de un celoso cuidado, no estético sino profesional. Nunca las cerraba del todo, jamás se transformaban en puños. Por lo general permanecían en posición relajada, medio abiertas, como listas para la próxima ejecución, con el extenso arco que el oficio había estirado. Nunca hacía nada práctico con ellas y se molestaba

cuando alguien le daba un apretón como saludo. El tamaño de las manos no era lo importante, decía convencido, y ahí estaban las de Alicia de Larrocha para probarlo, porque se toca con la cabeza, con el cerebro, que es el conductor de los movimientos. Todo el cuerpo de un pianista, y no sólo sus manos, está envuelto en el proceso de interpretación. El envaramiento de los brazos y la rigidez de la postura conducen a una ineficacia en los resultados.

Manuel pertenecía a una generación de pianistas que antepone la musicálica a la técnica. Podía dejarse impresionar por un alarde virtuosístico, como le ocurría con las grabaciones de Martha Arguerich, la fabulosa argentina de velocidades delirantes, aunque de una precisión irreprochable. Prefería, en cambio, a los pianistas de la escuela alemana, a Walter Gieseking —consagrado en un poema de *La criatura terrestre*— o Wilhelm Kempff, que era su modelo para tocar a Beethoven.

Sentía una viva admiración por leyendas como Artur Schnabel, Emil Gilels y Alicia de Larrocha, o artistas notables como Glenn Gould, Alexis Weissenberg, Arturo Benedetti Michelangeli y Maurizio Pollini, pero nunca lo vi aceptar incondicionalmente una interpretación. A Gilels, por ejemplo, le criticaba la lentitud de su versión del *Concierto No. 27 en si bemol* de Mozart, que él mismo llegó a interpretar en el Teatro Nacional. No le satisfacían las últimas grabaciones de Rudolf Serkin, que estimaba desacertadas, ni muchas de Vladimir Horowitz, incluidas algunas de su recital en Moscú a mediados de los ochenta.

En sus últimos años se entusiasmó con la aparición de Murray Perahia, un artista prodigioso de un repertorio vastísimo, y celebró la presencia, en nuestro país, del estupendo Daniel Barenboim, que hizo en Santo Domingo una magní-

fica interpretación del *Concierto No.2 en si bemol mayor* de Beethoven. Una sola vez lo vi saltar de su asiento para aplaudir y dar bravos al final de una presentación en el Teatro Nacional. El pianista era un elegante señor cargado de años, que había salido al escenario con paso tardo y figura encorvada. Desde los primeros compases, su imagen se desvaneció para dar paso a aquella música inigualable que sus manos arrancaban al instrumento. Era Claudio Arrau, en un memorable recital ante un público que supo aclamarlo como se merecía.

#### **IV. Los Adioses**

##### **Sonata de otoño (1983-1999)**

En agosto de 1981 alcanzó Manuel Rueda los sesenta años de edad. Había quedado atrás la imagen del pianista robusto, ese gigantón que aparece en las fotos de sus mejores años del Conservatorio, vestido de dril blanco, con sonrisa de satisfacción y mirada alerta tras los gruesos cristales de sus espejuelos. En un breve lapso de realce físico pretendió ser esbelto sometándose a crueles dietas y tuvo pelo copioso con el auxilio de un bisoñé que ocultó su calvicie vergonzante, hasta que desistió, resignado a la realidad. En el poema "Testamento abierto" deja constancia de su nueva etapa:

"Tener 60 años es fácil. / La música te espera / puntual / y el ejercicio de tus dedos la cumplen. / Y está el verso esperando / trunco sobre la página / enfermando de esfuerzo y literatura / esperando... // Pero es bueno estar con los libros desocupados en las manos / porque la vida cansa sobre la página / porque la vida duele / hecha de letras y páginas que pasan / porque tú no comprendes / a los 60 años cumplidos / la literatura / y desprecias la erudición / y te atiborras de ella / consumes montañas

de líneas / desbrozas selvas de versos inconclusos / discutes un problema de estética con los amigos / lees a Pound.”<sup>20</sup>

Empezaba el otoño de su vida con la conciencia del que no se autoengaña. Se percibe en estos versos cierta fatiga, un cambio personal que sería cada vez más evidente. Poco a poco se hizo más sensible e intolerante con ciertas cosas para las que no se sentía preparado, como esos homenajes en honor a su persona, que fácilmente se convertían en un epítome de la cursilería. Se tornó más agresivo con los peticionarios que lo acosaban, negándose a publicar sus textos en *Isla Abierta* o complacer su vanidad.

Leía cada vez menos las obras actuales, argumentando que no tenía nada que buscar en ellas, por repetitivas, insulsas o mal escritas. Se refugió en las grandes obras de todos los tiempos. Estaba aferrado a *El Quijote*, volvió a *La Divina Comedia* con la mirada inocente del primer día, releyó a Proust completo, redescubrió a Dostoievski, a Eliot, a Pessoa, lo vi entusiasmarse con *Madame Bovary* y las novelas de Jane Austen. Miraba con escepticismo lo que veía como producto de la publicidad. Estaba inmerso en un pasado irrecuperable del que ya no retornaría.

El suceso más dramático de aquellos años fue la hernia discal que lo mantuvo en cama durante meses, casi sin esperanzas de recuperarse y volver a moverse con soltura y caminar, circunstancia que le permitió escribir “Papeles de Sara”, uno de sus relatos más hermosos. Sin embargo, a los sesenta era protagonista de realizaciones y logros que consolidaban su posición de primera figura del arte nacional. En esos años fue miembro prominente del jurado de poesía de los Premios Siboney, y su influencia sería decisiva, junto a otros escritores, en el curso

---

<sup>20</sup> *Contregación del cuerpo único*, op. cit.

de aquella valiosa experiencia de mecenazgo privado a la creación literaria.<sup>21</sup>

Además, los trofeos llegaban a sus manos casi por cada obra literaria que publicara. Así, ganó el primero y tercer premios del Concurso de Cuentos de Casa de Teatro, en 1978, con “La bella nerudeana” y “Palomos”, respectivamente; y obtuvo seis Premios Anuales: tres en Poesía: *Por los mares de la dama* (1976), *Las edades del viento* (1979) y *Congregación del cuerpo único* (1989); uno en Teatro: *El rey Clinejas* (1979), uno en Cuento: *Papeles de Sara y otros relatos* (1985), y uno en Novela: *Bienvenida y la noche* (1994).

Para coronar su trayectoria como autor, se le otorgó, en 1994, el Premio Nacional de Literatura, por la obra de toda una vida de consagración a las letras, y al año siguiente, cuando él mismo creía imposible que un dramaturgo de una isleta perdida en el Caribe derrotara a centenares de concursantes de España e Hispanoamérica, el Instituto de Cooperación Iberoamericana le confirió el prestigioso Premio Tirso de Molina por su *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*.

En el plano personal, su satisfacción más grande al inicio de los ochenta fue la creación del suplemento *Isla Abierta*, del periódico *Hoy*, que se abrió como un espacio nuevo en el panorama cultural dominicano, con énfasis en literatura y artes plásticas. Los escritores, pintores y escultores nacionales encontraron allí un ámbito de divulgación que él supo dirigir y orientar con espíritu renovador y ojos y oídos atentos a las nuevas corrientes de la creación visual y literaria. A través de sus ensa-

---

<sup>21</sup> El jurado de poesía estaba compuesto por Freddy Gatón Arce, Manuel Rueda y Máximo Avilés Blonda; el de literatura por Freddy Prestol Castillo, Virgilio Díaz Grullón y Ramón Francisco; y el de ensayo por Pedro Troncoso Sánchez, Héctor Incháustegui Cabral y Hugo Tolentino Dipp. Cuando fallecieron Prestol Castillo e Incháustegui Cabral, fueron sustituidos por Antonio Zaglul y José Alcántara Almánzar, respectivamente. El secretario del grupo fue siempre el novelista Marcio Veloz Maggiolo.

yos, cada semana incursionaba en temas diversos de arte, música, folklore, poesía, llevando un registro de nuestras palpitaciones culturales más importantes. Por otro lado, en su condición de director de la Fundación Corripio, desarrolló un ambicioso programa editorial con la Colección de Clásicos Dominicanos, a fin de rescatar obras y autores representativos de la República Dominicana.

En el campo de la interpretación pianística, continuó activo por algún tiempo. Se había producido un renacimiento de Mozart ante la proximidad del bicentenario de su muerte, y Manuel tocó, en dos funciones, bajo el título de *Evocando a Mozart*, los *Conciertos Nos. 18 y 27*, ambos en *si bemol*, y repuso, con Miriam, el *Concierto para dos pianos y orquesta*. Fueron meses de arduo trabajo que en 1986 lo llevaron al borde de la extenuación. Mientras memorizaba las partituras, se entretenía escuchando todo cuanto cayera en sus manos, desde las clásicas versiones de Mozart en manos de sus intérpretes más fieles, hasta las más recientes y celebradas, como las de Mitsuko Uchida, la japonesa que entonces causaba sensación en todas partes. Recuerdo que en uno de los ensayos generales en el Teatro Nacional, alguien le preguntó cómo se sentía al enfrentar ese nuevo desafío en su carrera y él, aludiendo a las dificultades, contestó, con un dejo de ironía: “Aquí, pasando las de Quico y Caco”.

Tuvo una participación, junto a Miriam, en la celebración de las Bodas de Oro de Piantini con la Música, con la *Suite Scaramouche para dos pianos* de Milhaud. También tocó nuevamente el *Concierto para la mano izquierda* de Ravel, con resultados que lo dejaron complacido. Después realizó tres presentaciones en público con la *Rapsodia dominicana No. 1 para piano y orquesta* de Luis Rivera, en las que exhibió una fogosidad criolla que desmentía su edad.

Su última aparición en el Teatro Nacional fue el 5 de agosto de 1991. El 27 de ese mismo mes cumplió setenta años. Por mucho tiempo se estuvo preparando para tocar la versión pianística del *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven, obra en verdad excepcional y de largo aliento, que requiere profundidad, madurez y resistencia. Dolorosamente, no pudo actuar como se proponía. En el ensayo general se sintió indispuesto y canceló su participación en la temporada. Sólo volvió a tocar en la intimidad de su hogar, para unos cuantos elegidos.

Los amigos de Manuel seguimos de cerca su evolución personal en sus últimos años de vida, que cambió sensiblemente al quedarse solo, luego de la muerte de doña Marina en 1993. Nos dolía el ocaso de esa estrella luminosa que iba apagándose lentamente, pese a sus intentos de asirse, si podía, al recurso del humor y las carcajadas estentóreas. La hipertensión lo llenaba de zozobra, obligándolo a visitar, cuando lo atenazaba el miedo, al doctor Guarocuya Batista del Villar, el cardiólogo que con palabras tranquilizadoras lo recibía en su consultorio.

Su buen apetito se veía interferido por las prótesis dentales que lo torturaban, y luego por la diabetes que le obligó a someterse a régimen dietético. Aunque la doctora Corina De Jesús tenía sobradas razones para prohibirle los dulces y recomendarle moderación, se peleaba con ella, porque no quería renunciar a sus postres ni a sus hábitos alimentarios. De todos modos, enflaqueció. Se puso muy delgado y al caminar su cuerpo oscilaba como un bambú que se balancea al ritmo del viento. Era notorio un ligero temblor de sus manos al sostener una taza, síntoma de alguna enfermedad incipiente. Sus fuerzas aminoraban y se sentía impotente para evitar el declive de la casa bajo el polvo y las telarañas, o impedir el robo de valiosas pinturas casi en sus narices.

El final se aproximaba, pero estaba lleno de ilusiones y pro-

yectos. En 1998, el Banco Central auspició la publicación de sus últimos libros: *Imágenes del dominicano*, que reúne una serie de interesantes ensayos sobre folklore literario y la narrativa; y su obra cumbre de poesía, *Las metamorfosis de Makandal*, cuya salida provocó un revuelo en nuestro medio, a causa de un fragmento en el que se refiere con sarcasmo al circo político local. Pocos advirtieron entonces el verdadero tema subversivo de la obra, que no es otro que convertir al negro en símbolo de nuestra pluralidad cultural. El desagravio por los sinsabores del *Makandal* no tardó en llegar. En abril de 1999, se le otorgó el Gran Premio de la Feria del Libro “Don Eduardo León Jimenes”, para alegría del autor y los editores.

Manuel no cesaba de escribir, sobre todo una poesía donde la muerte se enseñorea como tema principal, y terminó una obra de teatro titulada *Un escenario para Brito*, que una tarde leyera a sus amigos. Envió a España, al concurso de poesía “Juan Ramón Jiménez”, su libro *Luz no usada*. Seguía orientando a María de Fátima Geraldés y a María Irene Blanco para un cercano recital con obras de Beethoven, instando a Miriam a volver al piano, o diciéndome que no podía dejar de escribir cuando en octubre fui a leerle la crónica que había preparado sobre mi viaje a Rumanía; dejándonos, en fin, nuestras respectivas tareas para cuando él ya no estuviera.

Los últimos meses fueron sombríos y monótonos. Prácticamente no salía de la casa, ni iba a su oficina en *Isla Abierta*, ni llamaba a Pilar Albiac, su amiga zaragozana, ni asistía a conciertos, ni aceptaba invitaciones a cenar. Si tenía ánimo se la pasaba escuchando la colección de discos de *Pianistas del Siglo XX*, que constituía su más reciente juguete. Las últimas veces que vino a casa, para mi cumpleaños y en la cena del Mariachi con Mirla Salazar, se le notaba desganado y taciturno, aunque hacía esfuerzos para mostrarse simpático y bro-

mista. No podíamos evitar la preocupación ni los comentarios lúgubres acerca de su salud.

Rolando Batista, su compañero en la fase final, era el único testigo de una vida que se extinguía. Pasaba las mañanas en la galería, desaliñado, con la bata arrugada, sin leer ni hablar. Si alguien llegaba lo recibía sin demasiadas muestras de entusiasmo. No se quejaba, no pedía ayuda. Cuando le pregunté por el resultado de los últimos análisis médicos, me dijo, con el tono cortante del que está irritado porque no se atreve a revelar lo inconfesable: “Ahí están, míralos tú mismo”. Me alarmó lo de la hepatitis, pero no creí que fuese concluyente. Había en él un gran estoicismo y estaba decidido a soportar el sufrimiento sin una mueca, sin estridencias.

Una noche de principios de diciembre, poco antes de su gravedad final, Ida y yo fuimos a visitarlo. Escuchó, con un interés estropeado por el malestar, el artículo de Chopin que yo había escrito para el sesquicentenario de su muerte. Me hizo un reparo al oír que los vales de Chopin no eran bailables. “¿Quién dijo eso? —preguntó—. En Rusia se bailaban muchísimo”. Y luego se puso a dictar providencias que garantizaran protección a los más necesitados de sus parientes; intentando, con sus palabras, despojarse de todo lo material que ya poco importaba: dinero, cuadros, discos. Pero era tarde para cambiar el curso de los hechos. Cinco años antes había testado en favor de los mellizos Manolito y Agustín y el documento se hallaba depositado en una caja de seguridad en el banco.

Intentaba componer un villancico que entregaría a Arístides para que lo cantara con Ivonne, e incluso nos dictó una carta dirigida al Cardenal, que copiamos en un *folder*, en la que le pedía disculpas por sus errores de antaño, rogándole incluir el villancico en la programación navideña de la Catedral. Soledad Álvarez se había afanado inútilmente en ayudarlo a escri-

bir la letra. Eran vanos intentos de aferrarse a la vida a través del arte, es decir, lo único que tenía sentido para él, como la introducción que nunca concluyó, pues la debilidad pudo más que el deseo, a la literatura del disco de María de Fátima sobre compositores dominicanos.

Días antes de su muerte, Rolando telefoneó una mañana a mi oficina para decirme que Manuel no despertaba y que, tendido en su cama, no respondía a sus llamados, aunque tenía los ojos abiertos. El corazón me dio un vuelco y, ahogado por el susto, corrí a su casa en compañía de un hijo del maestro Bustamante, ex alumno mío, doctor en medicina que trabaja en el Banco Central. Andrés Bustamante encontró a Manuel inconsciente, pero con pulso. Su color, amarillo intenso en todo el cuerpo y los ojos, delataba la gravedad de la situación. Al llegar a la Clínica Abreu, el doctor Fernando Contreras, su gastroenterólogo, lo hizo volver en sí con inyecciones, y en un aparte me dijo que era el final y que debíamos prepararnos. El cáncer del colon había hecho metástasis en los órganos vitales y sólo iban a administrarle paliativos. Sentí que un intenso frío recorría mi cuerpo, dejándome sin aliento por unos instantes.

Manuel Rueda pasó cuatro días y medio en la Clínica Abreu, rodeado de amigos íntimos y algunos familiares. Allí estuvimos los que siempre lo habíamos querido y admirado, y desfilaron mucha gente que lo conocía. El sábado por la noche llegaron, desde Puerto Rico, Manolito y Agustín. Los había estado esperando con ansiedad para entregarse a su destino. Murió el lunes 20 de diciembre de 1999, a las tres de la tarde. Al día siguiente, su sepelio fue sencillo, sin guardia de honor, sin políticos notables, con una representación oficial modesta que pasó casi inadvertida. Se fue como había vivido, con sencillez, sin aspavientos, dejando mucho dolor entre nosotros. Únicamente la música, a través del *adagio sostenuto* de la

*Hammerklavier*, sirvió de marco sonoro a su adiós final en el cementerio, donde reposa junto a doña Marina.

Años antes, cuando estructuró su antología *Materia del amor*, quiso cerrarla con un poema que era, sin saberlo entonces, su propio epitafio:

“Muerte la luz revuelta por el manto / que apenas cubre la visión del seno. / Muslo en esguince de lo blanco lleno / y la sien verdecida en el acanto. // Si la muerte lo alaba no hay un canto / mayor que ese silencio, que ese treno / dulcísimo de piel en que sereno / se hace el son a la curva de otro llanto. // Al fin desnudo está. Flores y vellos / trenzan delicias en visión de alcores / y su belleza extiéndese en destellos. // Lo desnudó la muerte: vellos, flores. // Está ya sin dolor. Está completo. / Ahora la eternidad es su secreto.”<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> “Ahora la eternidad”, en *Materia del amor*, Biblioteca Básica Dominicana, dirigida por Pedro Vergés, Santo Domingo, Editora Taller, 1994.